

neo como si, en sus cuatro cifras (1898), existiera una abracadabra, o fórmula cabalística, reveladora de un mundo nuevo.

Es, en el 98, tardíamente —típica constante de nuestra historia— cuando a España la sobrecoge, por la pérdida de nuestras últimas colonias, esta enorme resta territorial, este empequeñecimiento que la clausura en sí misma y la devuelve, perdida la fe en sus destinos, a la piel de toro peninsular, cortada amarras con ultramar sin escuchar el canto de las sirenas atlánticas que, en el *quattrocento*, le marcaron rumbos inéditos en el mar Tenebroso, ensanchando la cintura del mundo conocido, y sin aspirar el perfume tropical y enervador del innumerable islario descubierto por sus navegantes.

En esa hora de penitencia en que la nostalgia de lo perdido hizo más lacerante la angustia y el dolor de lo irreparable, un núcleo disperso, aislado, de franco-tiradores, la generación del noventa y ocho —siempre la individualidad en nuestra historia desde Viriato pasando por el Cid, Hernán Cortés, Pizarro, Servet, Loyola, Velázquez, Goya—, de guerrilleros de la inteligencia, se alzó sobre el pavés de una España, irresoluta por la catástrofe, para hacer la crítica implacable y justa de una organización incapacitada para conservar los últimos restos de un imperio.

En la historia literaria española este grupo ha sido un mundo en guerra con sí mismo, un núcleo insolidario en guerrilla permanente. De esto, Salaverría, Baroja y Ruiz Contreras, nos han dejado reiteradas pruebas. Aún dentro de su manifiesta y combativa insolidaridad todos ellos están signados por la tónica de la época. Esta es una ley ambiental que conjuga todos los factores en su discordancia así como en su coincidencia y unanimidad.

EMILIO MARTIN DE CACERES

Ideario extremeño

La obediencia es la primera hija de la humildad, y es la que sujeta el hombre a Dios y las facultades sensitivas a la razón.

Fray Juan de los Angeles

NUESTROS CLÁSICOS

LA ABEJA

(MADRIGAL)

Entre un panal sabroso,
Que mi Silvia comía,
Una abeja cobarde se escondía
Con el susto penoso
De no poder librar la amada vida
En la que fabricó dulce comida.
Viéndola Silvia bella,
Tuvo compasión de ella,
Y evitándola el mal que la maltrata,
Con sus dedos de plata
La libró de la muerte,
Y el susto en alegría le convierte;
Mas, desagradecida,
A quien le dió la vida
La mejilla graciosa
Quiso picar, teniéndola por rosa;
Pero ántes que pudiera dar enojos
De Silvia, al rostro liso,
Con los airados ojos
Matarla pudo quien librarla quiso.

JUAN PABLO FORNER